

## Glosario

**TRANSFORMACIÓN:** El proceso que experimenta un mortal para convertirse en un vampiro.

**CAÍDOS:** Los *Vigilantes* después de caer en desgracia. Han sido despojados de sus alas y de sus almas, lo cual los deja como bebedores de sangre inmortales que no pueden procrear.

**LICANOS:** Un subgrupo de los *Caídos* que evitaron el vampirismo al acceder a servir a los *Centinelas*. Les transfundieron sangre de demonio, lo cual conservó sus almas pero los hizo mortales. Pueden cambiar de forma y procrear.

**ESBIRRO:** Un mortal que ha sido *transformado* en un *vampiro* por uno de los *Caídos*. La mayoría de los mortales no se adaptan bien y se vuelven rabiosos. A diferencia de los *Caídos*, ellos no toleran la luz del sol.

**NAFIL:** Singular de *nefalines*.

**NEFALINES:** Los hijos de un mortal y un *Vigilante*. El hecho de que beban sangre contribuyó a, e inspiró, el castigo vampírico de los *Caídos*.

(«...se volvieron contra los humanos para matarlos y devorarlos». Enoc, 7:13)

(«Aunque no comen, tienen hambre y sed». Enoc, 15:10)

**CENTINELAS:** Una unidad de operaciones especiales de élite de los *serafines* cuya tarea es la ejecución del castigo de los *Vigilantes*.

**SERAFÍN:** Singular de *serafines*.

**SERAFINES:** El más alto rango de ángel en la jerarquía angelical.

**VAMPIROS:** Un término que abarca tanto a los *Caidos* como a sus *esbirros*.

**VIGILANTES:** Doscientos ángeles *serafines* enviados a la Tierra al principio de los tiempos para observar a los mortales. Infringieron las leyes tomando como pareja a mortales y fueron castigados con una eternidad en el mundo como *vampiros* sin posibilidad de perdón.

*Hazle saber a los Vigilantes del cielo, que han abandonado las alturas del cielo, el eterno lugar santo, y que se han contaminado con las mujeres haciendo como hacen los hijos de los hombres, y han tomado mujeres y han forjado una gran obra de corrupción sobre la Tierra, que no habrá para ellos paz ni redención de su pecado. Y así como gozaron a causa de sus hijos, ellos verán la muerte de sus bienamados y llorarán por la pérdida de sus hijos y suplicarán eternamente, pero no habrá para ellos misericordia ni paz.*

El Libro de Enoc 12:5-7



# 1

—Phineas está muerto.

La declaración afectó a Adrian Mitchell como si hubiera sido un golpe físico. Se agarró a la barandilla para contrarrestar su agitación, siguió la curva que describía la escalera y miró al serafín que subía a su lado. Al transmitir la noticia, Jason Taylor ascendió al antiguo rango de Phineas como segundo al mando de Adrian.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

Jason mantuvo el ritmo inhumano de Adrian mientras se acercaban al tejado.

—Hace cosa de una hora. La llamada de aviso lo calificó como un ataque de vampiros.

—¿Y nadie se dio cuenta de que había un vampiro cerca? ¿Cómo coño es eso posible?

—Eso mismo pregunté yo. Envié a Damien a investigar.

Llegaron al último rellano. El guardia licano que estaba frente a ellos empujó la pesada puerta metálica para abrirla y Adrian se cubrió los ojos con las gafas antes de salir al sol de Arizona. Vio que el guardia se apartaba del calor de aquel horno y a continuación oyó un gruñido de queja por parte del segundo licano que iba en la retaguardia. Como viles criaturas instintivas, eran susceptibles a estímulos físicos de formas en que no lo eran los serafines y los vampiros. Adrian no sintió la temperatura en absoluto; la pérdida de Phineas le había helado la sangre.

Un helicóptero esperaba en la plataforma delante de ellos y sus aspas giraban agitando un aire tan seco y arenoso que resultaba ago-

biente. En su costado curvo se leía MITCHEL AERONAUTICS en letras grandes junto al logotipo alado de Adrian.

—Tienes dudas.

Se concentró en los detalles porque en aquel momento no podía permitirse dar rienda suelta a su furia. En el fondo estaba destrozado de dolor por la pérdida de su mejor amigo y teniente de confianza. Pero como líder de los Centinelas no podía dar la impresión de estar mermado en ningún aspecto. La muerte de Phineas iba a estremecer a la tropa de su unidad de élite de serafines. Los Centinelas recurrirían a él en busca de fortaleza y orientación.

—Uno de sus licanos sobrevivió al ataque. —Pese al rugido del motor de la aeronave, Jason no tuvo que alzar la voz para hacerse oír. Tampoco cubrió sus ojos azules de serafín a pesar del par de gafas de sol de diseño que descansaban sobre su cabeza dorada—. Me resulta un poco... extraño que Phineas estuviera investigando las dimensiones de la manada del lago Navajo; luego le tienden una emboscada de camino a casa y lo matan. ¿Y uno de sus perros sobrevive e informa de un ataque de vampiros?

Adrian llevaba siglos utilizando a los licanos como guardias para los Centinelas y como perros pastores para conducir a los vampiros a las zonas designadas. Pero los recientes indicios de inquietud entre los licanos indicaban la necesidad de una revaluación por su parte. Habían sido creados con el propósito expreso de servir a su unidad. De ser necesario, les recordaría el pacto hecho por sus antepasados. Podían haberlos convertido a todos en vampiros chupadores de sangre como castigo por sus delitos, pero les habían perdonado la vida a cambio de un compromiso. Aunque algunos licanos creían que la deuda ya había quedado saldada, no reconocían que este mundo estaba hecho para los mortales. Nunca podrían vivir entre y junto a los humanos. Su único lugar era el que él había creado para ellos.

Uno de sus guardias agachó la cabeza y se abrió paso entre las turbulencias que generaban las aspas del helicóptero. El licano llegó hasta la aeronave y sujetó la puerta abierta.

El poder de Adrian lo protegió de la perturbación y le permitió avanzar sin esfuerzo. Miró a Jason.

—Tendré que interrogar al licano que sobrevivió al ataque.

—Se lo diré a Damien.

El viento azotó los rizos rubios del teniente e hizo que sus gafas de sol salieran volando.

Adrian las atrapó en el aire con un movimiento rápido como el rayo. Subió de un salto a la cabina del helicóptero y se acomodó en uno de los dos asientos anatómicos situados mirando hacia atrás.

Jason ocupó el otro.

—Pero tengo que preguntarlo: ¿Sirve para algo un perro guardián que no protege? Quizá deberías sacrificarlo para reafirmar la idea.

—Si la culpa es suya rezará para estar muerto. —Adrian le lanzó las gafas de sol—. Pero hasta que no sepa lo contrario, él es una víctima y mi único testigo. Si quiero atrapar y castigar a los que hicieron esto, lo necesito.

Los dos licanos se dejaron caer en la fila de asientos de enfrente. Uno de ellos era un gorila fornido. El otro era casi igual de alto que Adrian.

El guardia más alto se abrochó el cinturón de seguridad y dijo:

—La pareja de ese «perro» murió intentando proteger a Phineas. Si hubiera podido hacer algo, lo habría hecho.

Jason abrió la boca para replicar.

Adrian alzó la mano para acallarlo.

—Tú eres Elijah.

El licano asintió. Tenía el pelo oscuro y los ojos verdes y luminosos de una criatura contaminada con la sangre de los demonios. Una de las cuestiones controvertidas entre Adrian y los licanos era que había transfundido sangre de demonio a sus antepasados serafines cuando éstos habían accedido a servir a los Centinelas. Ese poco de demonio era lo que los hacía mitad hombre mitad bestia y lo que les había salvado el alma, que debería haber muerto con la amputación de sus alas. También

los convertía en mortales, con una vida finita, y eran muchos los que estaban resentidos con él por ello.

—Pareces saber más que Jason sobre lo ocurrido —señaló Adrian al tiempo que miraba detenidamente al licano.

A Elijah lo habían enviado a la manada de Adrian para someterlo a observación porque había dado muestras de unos rasgos Alfa inaceptables. A los licanos se les entrenaba para contar con el liderato de los Centinelas. Si alguna vez uno de los suyos empezaba a destacar, eso podría conducir a lealtades divididas que podrían inducir ideas de rebelión. La mejor manera de ocuparse de un problema era evitar que ocurriera de entrada.

Elijah miró por la ventana y observó el tejado que se alejaba a medida que el helicóptero se alzaba en el cielo azul de Fénix. Tenía los puños apretados, lo cual revelaba el miedo innato a volar de su raza.

—Todos sabemos que una pareja no puede vivir el uno sin el otro. Ningún licano vería morir a su pareja deliberadamente. Bajo ningún concepto.

Adrian se reclinó en el asiento para intentar aliviar la tensión que le ocasionaba contener unas alas que querían extenderse y estirarse como manifestación física de su dolorida furia. Lo que Elijah había dicho era cierto, lo cual lo dejaba frente a la posibilidad de una ofensiva vampírica. Apoyó la cabeza en el asiento. La necesidad de venganza quemaba como el ácido. Los vampiros le habían arrebatado muchas cosas: la mujer que amaba, amigos y compañeros Centinelas. La pérdida de Phineas era como si le hubieran cortado el brazo derecho. Tenía intención de cortarles mucho más que eso al responsable.

Consciente de que las gafas de sol no ocultaban los iris llameantes que dejaban traslucir sus agitadas emociones, cerró los ojos...

...y casi pasó por alto el reflejo de la luz del sol en la plata.

Se echó a un lado de manera instintiva y evitó por muy poco un tajo de daga en el cuello.

De pronto lo entendió. «El piloto.»



Adrian alargó la mano junto al reposacabezas, le agarró el brazo y le rompió el hueso. Un grito de mujer resonó en la cabina. El miembro fracturado de la piloto quedó colgando contra el cuero en una postura poco natural y su arma cayó ruidosamente sobre la tabla del suelo. Entonces se soltó las correas de sujeción y se dio la vuelta rápidamente mostrando las garras. Los licanos se precipitaron hacia adelante, uno a cada lado de él.

Sin una mano que guiara la palanca, el helicóptero empezó a cabecear y rotar. En la cabina sonaban unos pitidos frenéticos.

La piloto no hizo caso de su brazo inútil. Utilizó el otro para clavar una segunda daga de plata por el hueco entre los dos asientos que miraban hacia atrás.

Garras expuestas. Espuma por la boca. Ojos inyectados en sangre.

Un maldito vampiro enfermo. La muerte de Phineas había perturbado a Adrian y lo había llevado a tener un maldito y grave descuido.

Los licanos se movieron parcialmente y desataron sus bestias en respuesta a la amenaza. Sus rugidos agresivos reverberaron en aquel reducido espacio. Elijah, encorvado a causa de la poca altura del techo, echó el puño hacia atrás y propinó un golpe. El impacto lanzó a la piloto contra la palanca cíclica y la empujó hacia adelante. El morro del helicóptero bajó en picado y los arrojó al suelo.

El gemido de las alarmas era ensordecedor.

Adrian se abalanzó sobre la vampira, se lanzó contra su torso, la estrelló contra la ventana de la cabina que se hizo pedazos y la arrojó por ella. Forcejearon mientras caían.

—Déjame probar un poco, Centinela —dijo ésta en tono monótono, con espuma en la boca y ojos de loca mientras intentaba morderle con unos colmillos afilados como agujas.

Él le hundió el puño en las costillas, desgarró carne y astilló hueso. Le agarró el corazón palpitante y sonrió mostrando los dientes.

Sus alas se abrieron de golpe en un estallido de blanco iridiscente bordeado de carmesí. Como si se abriera un paracaídas, los casi diez

metros de envergadura detuvieron su descenso con una sacudida tan brusca que arrancó el órgano palpitante de la vampira que se retorció. Ésta cayó en picado dejando una estela de humo acre y cenizas mientras se desintegraba. El corazón seguía latiendo en la mano de Adrian, arrojando chorros de sangre viscosa antes de quedar sin vida y estallar en llamas. Él aplastó el órgano carnoso hasta dejarlo convertido en una masa pulposa y lo arrojó a un lado. Cayó convertido en ascuas encendidas que se alejaron ondeando en medio de una nube brillante.

El helicóptero chirriaba y descendía en espiral hacia el suelo del desierto.

Adrian plegó las alas y se dejó caer en picado hacia la aeronave. Un licano se asomó por la cabina sin ventana con el rostro pálido y los ojos de un verde reluciente.

Jason salió disparado del helicóptero, como una bala. Dio la vuelta hacia atrás y sus alas gris oscuro y bermellón fueron como una sombra que cruzó el cielo a toda velocidad.

—¿Qué estás haciendo, capitán?

—Salvar a los licanos.

—¿Por qué?

La ferocidad de la mirada con la que Adrian lo fulminó fue la única respuesta que se dignó a darle. Jason se ladeó en el aire y tuvo la prudencia de dejarse convencer.

Consciente de que habría que incitar a las bestias para que vencieran su terror innato a las alturas, Adrian obligó al que estaba de pie en la cabina. «Salta.»

La resonancia angelical de su voz retumbó por el desierto como un trueno, exigiendo una obediencia innegable. El licano saltó al cielo abierto sin pensar. Jason fue directo hacia el guardia como una flecha, lo agarró y lo puso a salvo.

Elijah no necesitó que lo obligaran. El guardia demostró una extraordinaria valentía y se arrojó de la aeronave siniestrada con un elegante salto.

Adrian descendió súbitamente, se situó debajo de él y soltó un gruñido cuando el musculoso licano le cayó en la espalda. Estaban a tan sólo unos metros del suelo, tan cerca que el batir de sus enormes alas levantaba remolinos de arena en forma de ráfagas de espirales.

Al cabo de un instante el helicóptero se estrelló contra el suelo del desierto y estalló formando una agitada torre de llamas que podía verse a kilómetros de distancia.

## 2

En el Aeropuerto Internacional Sky Harbor de Fénix había un sueño erótico ambulante.

Lindsay Gibson lo descubrió en su puerta de embarque durante una inspección superficial de su perímetro inmediato. Atraída por su pura sensualidad, aminoró el paso hasta detenerse en medio del vestíbulo. Se le escapó un leve silbido apreciativo. Quizás al fin estaba cambiando su suerte. Lo cierto era que no le vendría nada mal un poco de consuelo después del día que había tenido. El despegue desde Raleigh se había retrasado casi una hora y había perdido su enlace inicial. A juzgar por las apariencias, y si la cantidad de pasajeros que había de pie junto a la puerta podía tomarse como indicación, había llegado con el tiempo justo al nuevo vuelo que había reservado.

Lindsay terminó su reconocimiento de la multitud que había en torno a ella y volvió a centrar su atención en el hombre con el aspecto más decadente que había visto jamás.

Caminaba con elegancia de un lado a otro de la zona de espera y sus piernas largas vestidas con unos vaqueros mantenían un paso controlado con precisión. Tenía un cabello negro y tupido, un poco demasiado largo, que enmarcaba un rostro salvajemente masculino. Una camiseta color crema con cuello de pico se ajustaba a unos hombros de músculos prominentes que insinuaban un cuerpo digno de completar el lote.

Lindsay se apartó un mechón de pelo empapado por la lluvia de la frente y enumeró todos los detalles. Sensualidad pura... aquel tipo la tenía. De la que no se puede fingir ni comprar; de la que hace que el atractivo sea una bonificación.

Se movía sin mirar y sin embargo esquivó de manera precisa a un hombre que le cortó el paso. Una Blackberry acaparaba toda su atención y su pulgar tocaba rítmicamente el teclado de un modo que hizo que a Lindsay se le contrajera el bajo vientre.

Una gota de lluvia se le deslizó por el cuello. El fresco y lento hilo de agua incrementó su conciencia física del tipo al que devoraba con la mirada. Por detrás de él, las vistas a la pista de despegue revelaban un cielo gris y sombrío de media tarde. Una cortina de lluvia golpeaba las ventanas que enmarcaban la terminal. La inclemencia del tiempo fue inesperada, y no sólo porque no habían anunciado lluvias en el pronóstico. Ella siempre preveía las condiciones atmosféricas con una precisión asombrosa, pero no había notado que se avecinaba esta tormenta. Cuando había aterrizado hacía sol y poco después empezó a llover a cántaros.

Por regla general a ella le encantaba la lluvia y no le hubiera importado tener que salir para tomar el autobús lanzadera hasta la puerta de su vuelo de enlace. Sin embargo, aquel día el tiempo era de una naturaleza lúgubre. Estaba cargado de melancolía, de duelo. Y Lindsay se sentía identificada con él.

El viento le había hablado desde que le alcanzaba la memoria. Tanto si le gritaba a través de una tormenta como si le susurraba en la calma, siempre transmitía su mensaje. No con palabras, sino con sentimientos. Su padre lo denominaba su sexto sentido y hacía lo imposible para actuar como si fuera una peculiaridad genial en lugar de una rareza.

Aquel radar interno la atrajo hacia el hombre seductor que estaba junto a su puerta de embarque tanto como lo hizo su atractivo. Tenía un aire taciturno que a Lindsay le hacía pensar en una tormenta amenazante adquiriendo fuerza para descargar. Se sintió fuertemente atraída por ese aspecto de él... y por la ausencia de una alianza en su dedo.

Lindsay giró sobre sus talones de cara a él y deseó con todas sus fuerzas que la mirara.

Él alzó la cabeza. Sus miradas se cruzaron.

A Lindsay le sobrevino la sensación de que el viento la abofeteaba y las ráfagas le azotaban el pelo. Pero sin nada de frío. Sólo calor y humedad seductora. Lindsay le sostuvo la mirada durante un momento interminable, fascinada por la atracción de unos iris de un vivo azul celeste, unos ojos que eran tan tumultuosos y antiguos como la furia del tiempo que hacía en el exterior.

Lindsay tomó aire bruscamente, se dio la vuelta y caminó hacia una tienda gourmet de pretzels cercana dándole así la oportunidad de que fuera tras el evidente interés mostrado por ella... o no. De forma instintiva sabía que era un hombre que perseguía.

Llegó al mostrador y levantó la vista hacia el menú. Se le hizo la boca agua al oler el aroma a pan caliente con levadura y mantequilla derretida. Lo último que le hacía falta antes de pasarse otra hora entera sentada era una bomba de carbohidratos como un pretzel gigante. Por otro lado, el torrente de serotonina quizá le calmara los nervios alterados por la aportación sensorial de la gran cantidad de personas que tenía alrededor.

Pidió.

—Palitos de pretzel, por favor. Con salsa marinera y un refresco *light*.

El dependiente le dijo el total y Lindsay hurgó en su bolso en busca del billetero.

—Permítame.

Dios... esa voz. Tentadoramente sonora. Lindsay supo que era él.

Alargó el brazo, rodeándola, y ella inhaló su exótico aroma. No olía a colonia. Sólo a macho, simple y viril. Fresco y puro, como el aire limpio después de una tormenta.

Deslizó un billete de veinte dólares por el mostrador. Ella sonrió y dejó que lo hiciera.

Ya era mala suerte que llevara puesto el par de vaqueros más viejo que tenía, una camiseta holgada y botas militares de montaña. Un atuendo genial en cuanto a libertad de movimiento, pero Lindsay hu-

biera preferido tener un aspecto sexy para ese tipo. Lo cierto es que él estaba muy fuera de su alcance, desde su atractivo de estrella de cine hasta el reloj Vacheron Constantin que llevaba en la muñeca.

Lindsay se volvió hacia él y le tendió la mano.

—Gracias, señor...

—Adrian Mitchell.

Aceptó el apretón de manos, además de acariciarle los nudillos con el pulgar.

Su tacto provocó una reacción visceral en Lindsay. Se le cortó la respiración y se le aceleró el ritmo cardíaco. De cerca era irresistible. Ferozmente masculino a la vez que atterradoramente hermoso. Perfecto.

—Hola, Adrian Mitchell.

Él alargó la mano y tomó la etiqueta de su equipaje entre unos dedos largos y elegantes.

—Encantado de conocerte, Lindsay Gibson... ¿Vienes de Raleigh? ¿O regresas allí?

—Voy en tu dirección. Vamos a compartir el avión.

Sus ojos eran de un tono azul muy poco frecuente. Como el intenso azul cerúleo del centro de una llama. Encajados en una piel aceitunada y enmarcados por unas pobladas pestañas oscuras, resultaban hipnotizadores.

Y estaban fijos en ella como si no fueran a cansarse nunca de mirarla.

La escudriñó de pies a cabeza con mirada ardiente. Ella se sintió expuesta y se sonrojó, quedó desnuda cuando él la desvistió mentalmente. Su cuerpo reaccionó a la provocación. Se le hincharon los pechos; todo lo demás se ablandó. Una mujer tendría que ablandarse para él porque en su cuerpo no había nada ni remotamente blando. Desde la definición de sus hombros y bíceps esculpidos hasta sus marcadas facciones, todos los ángulos eran cerrados y precisos.

Su brazo la rodeó cuando lo alargó para recoger el cambio, moviéndose con una gracia ágil y primaria.

«Apuesto a que follas como un animal.»

Acalorada por la idea, agarró el asa extensible de su maleta.

—Así pues, ¿eres del condado de Orange? ¿O viajas por negocios?

—Voy a casa. A Anaheim. ¿Y tú?

Lindsay avanzó hacia el mostrador donde le entregarían el pedido. Él la siguió con paso más sosegado, pero había algo intrínsecamente resuelto en la forma en que fue tras ella. Su rapacidad le provocó un estremecimiento de expectación que recorrió su cuerpo. Sin duda su suerte había cambiado: su destino final también era Anaheim.

—El condado de Orange va a ser mi casa. Me traslado allí por un trabajo.

No iba a entrar en detalles y no nombró ninguna ciudad. Sabía cómo protegerse si tenía que hacerlo, pero no quería buscarse más problemas de los que ya tenía.

—Es un gran traslado. De un extremo a otro del país.

—Era hora de hacer un cambio.

Él torció la boca en un esbozo de sonrisa.

—Cena conmigo.

La resonancia aterciopelada de su voz suscitó aún más el interés de Lindsay. Era un hombre carismático y con magnetismo, dos cualidades que hacían de las relaciones a corto plazo algo memorable.

Lindsay tomó la bolsa y el refresco que le entregó el empleado.

—Vas directo al grano. Eso me gusta.

Volvió su atención hacia la puerta de embarque cuando oyó que anunciaban su número de vuelo. Informaron de un corto retraso, lo cual hizo que los pasajeros se movieran nerviosos. Adrian no apartó la mirada de ella ni un solo momento.

Señaló la hilera de sillas que había cerca del lugar por el que había estado caminando.

—Tenemos tiempo para conocernos.

Lindsay caminó con él hacia la zona de asientos. Volvió a inspec-



cionar las inmediaciones y se fijó brevemente en la cantidad de mujeres que seguían a Adrian con la mirada. La sensación de que era una tempestad desatada ya no era tan abrumadora, mientras que fuera la lluvia había amainado y se había convertido en una intensa llovizna. La correlación resultaba intrigante.

Su violenta reacción frente a Adrian Mitchell y la habilidad excepcional de éste para poner en marcha su radar meteorológico interno afianzó su decisión de intimar con él. En su vida las anomalías siempre traían consigo una mayor investigación.

Él aguardó a que se hubiera acomodado y entonces preguntó:

—¿Va a venir algún amigo a recogerte? ¿Algún familiar?

Nadie iba a ir a recogerla. Había reservado el traslado al hotel en el que se alojaría hasta que encontrara un apartamento adecuado.

—No es prudente compartir este tipo de información con un desconocido.

—Pues deja que elimine el peligro. —Se movió con elegante fluidez y metió la mano en el bolsillo trasero para coger la billetera. Sacó una tarjeta y se la tendió—. Llama a quienquiera que te esté esperando. Diles quién soy y cómo ponerse en contacto conmigo.

—Eres decidido.

Y además, estaba acostumbrado a dar órdenes. A ella no le importaba. Poseía una personalidad fuerte y necesitaba lo mismo a cambio, o si no ella tomaba las riendas. Los hombres dóciles estaban bien en ciertas situaciones pero no en su vida privada.

—Lo soy —admitió impertérrito.

Lindsay tomó la tarjeta. Los dedos de Adrian tocaron los suyos y una corriente eléctrica le subió por el brazo.

A él se le ensancharon las ventanas de la nariz. Le tomó la mano; las puntas de los dedos jugaron en su palma. Aquel simple roce la excitó tanto como si hubiera estado acariciándola entre las piernas. Él la observó con un calor sexual casi tangible, oscuro e intenso. Como si supiera cuáles eran sus puntos candentes... decidido a encontrarlos.

—Tengo la sensación de que vas a causar problemas —murmuró ella, y apretó la mano para detener sus dedos que exploraban.

—Cena. Conversación. Prometo comportarme.

Lindsay lo mantuvo prisionero y cogió su tarjeta de visita con la otra mano. La sangre retumbaba por sus venas, estimulada por la excitación de aquella revoltosa atracción inmediata.

—Mitchell Aeronautics —leyó—. ¿Y aun así vas en un vuelo comercial?

—Tenía otros planes —repuso en tono irónico—. Pero mi piloto abandonó inesperadamente.

Su piloto. La boca de Lindsay dibujó una curva.

—¿No detestas que ocurra eso?

—Normalmente sí... Entonces apareciste tú. —Se sacó la Blackberry del bolsillo—. Usa mi teléfono para que la persona a la que llames tenga también este número.

Lindsay le soltó la mano a regañadientes y aceptó el teléfono, aunque ya tenía el suyo. Dejó el refresco sobre la alfombra raída y se puso de pie. Adrian se levantó con ella. Era acaudalado, elegante, educado, atento y estaba para morir de bueno. No obstante, por refinado que fuera, seguía teniendo cierto aire peligroso que excitaba los instintos más básicos de una mujer. Quizá la terminal atestada de gente estaba avivando sus aguzados sentidos. O tal vez simplemente tuvieran una compatibilidad sexual combustible. A pesar de todo, no se estaba quejando.

Lindsay dejó la bolsa de pretzels en la silla, se alejó unos pasos y marcó el número de la tienda de automóviles de su padre. Mientras ella estaba ocupada, Adrian se dirigió al mostrador de la puerta de embarque.

—Linds. ¿Ya has llegado?

La brusquedad del saludo la sorprendió.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Por el identificador de llamadas. Muestra el prefijo setecientos catorce.

—Estoy haciendo escala en Fénix, llamando por otro teléfono.

—¿Qué le pasa al tuyo? ¿Y por qué estás aún en Fénix? —Eddie Gibson, padre soltero durante veinte años, siempre había sido excesivamente protector, lo cual no era de extrañar teniendo en cuenta la horrible forma de morir de Regina Gibson.

—A mi teléfono no le pasa nada y perdí el vuelo de enlace. También he conocido a alguien. —Lindsay explicó la situación con Adrian y le dio la información que había en la tarjeta de visita—. No estoy preocupada. Pero parece de esa clase de hombres a los que podría venirles bien un poco de resistencia. No creo que oiga la palabra «no» muy a menudo.

—Seguramente no. Mitchell es como Howard Hughes.

Lindsay enarcó las cejas.

—¿En qué sentido? ¿Dinero, películas, jóvenes aspirantes a estrella? ¿Todo lo anterior?

Examinó a Adrian desde atrás, aprovechando la oportunidad de observarlo mientras estaba distraído. Las vistas eran igual de impresionantes por detrás que por delante y mostraban una espalda fuerte y un atractivo trasero.

—Si estuvieras sentada más de cinco minutos quizá lo sabrías.

¡Dios! Ni se acordaba de la última vez que había leído una revista y hacía años que había dejado de pagar por la televisión por cable. Alquilaba películas y temporadas completas de programas de televisión porque incluso los anuncios eran un lujo para el que no tenía tiempo.

—A duras penas puedo mantener mi vida en orden, papá. ¿De dónde se supone que voy a sacar tiempo para prestar atención a la de otra persona?

—Siempre estás hurgando en la mía —bromeó.

—A ti te conozco. Te quiero. Pero ¿a los famosos? No tanto.

—No es famoso. Lo cierto es que protege su intimidad con uñas y dientes. Vive en una especie de recinto en el condado de Orange. Lo vi una vez en un especial de televisión. Es algo así como una maravilla

arquitectónica. Mitchell se parece a Hughes en que es un multimillonario solitario al que le gustan los aviones. Los medios de comunicación lo siguen de cerca porque el público tiene fascinación por los aviadores. Siempre lo han hecho. Y se supone que es atractivo, pero yo no puedo juzgar ese tipo de cosas.

¡Y pensar que se había fijado en él de entre la multitud!

—Gracias por la información. Te llamaré cuando me instale.

—Ya sé que sabes cuidar de ti misma, pero ten cuidado.

—Siempre. No comas comida rápida para el almuerzo. Cocina algo saludable. O mejor todavía, conoce a una tía buena y haz que cocine para ti.

—Linds... —empezó a decir con un fingido tono de advertencia.

Ella se rió, puso fin a la llamada y a continuación entró en el registro del teléfono y borró el número.

Adrian se acercó con un amago de sonrisa. Se movía con mucha fluidez y rebosaba poder y seguridad, cosa que a ella le resultaba aún más atractiva que su físico.

—¿Va todo bien?

—Perfectamente.

Le tendió una tarjeta de embarque. Lindsay vio su nombre y frunció el ceño.

—Me tomé la libertad —explicó él— de procurarnos asientos contiguos.

Lindsay tomó la tarjeta. Primera clase. Asiento número dos, que estaba más de veinte filas más cerca de la parte delantera del avión que el que ella tenía en un principio.

—No puedo pagar esto.

—No esperaría que pagaras por un cambio que no pediste.

—Hace falta una identificación con foto para acceder al billete de otra persona.

—Sí, pero moví algunos hilos. —Recuperó el teléfono que ella le entregó—. ¿Te parece bien?

Lindsay asintió, pero su alarma interna se encendió. Tal y como estaban las cosas en la Agencia de Seguridad en el Transporte, habría hecho falta un milagro para cambiar su billete sin su permiso. Quizá la azafata de la puerta de embarque sencillamente había sucumbido al encanto de Adrian o quizás éste la había sobornado en serio, pero Lindsay nunca pasaba por alto las alarmas. Iba a tener que profundizar más con respecto a él y lo cierto era que tendría que considerar bien lo que había esperado que fuera una relación corta y dulce, ardiente y atrevida, sin ataduras.

Francamente, un tipo como Adrian no tenía necesidad de tomarse muchas molestias para meterse en sus bragas. Todas las mujeres que había en la terminal lo estaban observando, algunas con esa mirada inquisitiva que decía: «Dame el más mínimo estímulo y seré tuya». Joder, pero si había incluso algunos hombres que lo miraban de esa forma. Y él manejaba aquel interés lascivo con tanta habilidad que Lindsay supo que para él era lo más normal del mundo. No dejaba de pasear la mirada, nunca la posaba, y adoptaba un aire de indiferencia que actuaba como un escudo. Ella lo había atravesado como una flecha con su contacto visual directo estilo «ven y cógelo», pero la verdad era que no tenía sentido que él hubiera mordido el anzuelo. Iba desaliñada y empapada por la lluvia. No obstante, la confianza en uno mismo era un aliciente para los hombres poderosos, y ella la poseía, pero eso no explicaba por qué tenía la sensación de ser ella la que había sido atrapada.

—Sólo para que quede claro —empezó a decir Lindsay—, me educaron para esperar que los hombres te abran la puerta, te retiren la silla y paguen la cuenta. A cambio, yo me visto bien e intento ser encantadora. La cosa no pasa de ahí. No puedes comprarme sexo. ¿Te parece bien?

Él curvó la boca mostrando aquel esbozo de sonrisa que ya empezaba a resultar habitual.

—Me parece perfecto. Tendremos una hora para charlar en el

avión. Si cuando aterricemos no te sientes del todo cómoda conmigo me conformaré con que intercambiamos los números de teléfono. De lo contrario, tengo un coche que vendrá a recogerme y podemos irnos juntos del aeropuerto.

—Trato hecho.

Hubo un atisbo de autocomplacencia en la mirada de Adrian. Lindsay tuvo una reacción similar pero la contuvo. Aunque pudiera ser cualquier otra cosa, y fueran cuales fueran sus motivos, Adrian Mitchell suponía un reto que ella disfrutaba.